

La historia oculta de Benjamín de Tudela

José David Espasandín

Premios del II certamen literario Ana María Navales

Segunda parte. *La primera parte se publicó en el nº 3 de Crisis

Caí descontroladamente por una rampa, cuya exagerada inclinación me impedía detenerme. Unos segundos después palpaba la estancia y no encontraba más que húmeda piedra y unos trozos de algo duro y de variable tamaño que no logré identificar. Tuve el coraje de venir a Nápoles. Aquí siguen Isaac de Har Napus y Benjamín de Tudela, novecientos años después, inmortales. Visten al uso de la moda italiana, con pantalón vaquero y camisa, y no parecen mucho más viejos que yo. Caminan juntos y melancólicos por la ciudad a la hora del crepúsculo. Los estuve siguiendo varios días sin que se percatasen. Busqué casas vacías, oficialmente vacías, y terminé por encontrarlos. Me fue fácil reconocerlos porque no parecen seres de este mundo y desentonan con los espacios y los colores de la realidad que los rodea. No logro conjeturar cómo a los demás napolitanos no les asombran sus caras, que carecen de toda expresión y gesto humano. Una tarde, cuando se encontraban paseando, me colé furtivamente en su casa. Lo que vi allí me dejó atónito: era un desorden absoluto. Había infinitos rollos de papel. Estaban por todas partes. Recordé esa prescripción judía de no poder tirar ni destruir ningún texto que contuviese el nombre de Yahvé y pensé que allí habría mil años de teología escrita por la misma mano. Vi también recipientes de cristal vacíos con señales de haber contenido líquido. En su fondo se acumulaban secos los pigmentos azules y verdes. Otros, colocados sobre estantes, en el que parecía el único conato de orden de toda la casa, eran pequeños y contenían un fluido escarlata iridiscente. En el examen de la vivienda di con una puerta al fondo del pasillo principal. Al abrirla había otra puerta que tenía un aspecto muy antiguo, con su madera negra carcomida por el tiempo. La crucé y apareció ante mí una construcción completamente distinta a la casa, pues el estilo era tosco y de una piedra oscura, mientras que la vivienda en la que había estado era de construcción común, con terrazo en el suelo y paredes pintadas de un sobrio blanco. Había, inmediatamente al frente, unas escaleras que bajaban enrollándose en una columna hacia la izquierda. Me pareció imprudente descender puesto que no sabía cuándo

podrían llegar los habitantes ni sabía tampoco hacia dónde conducía el camino. A mi derecha encontré una rústica clavija de la que salía un cable que llevaba luz al techo. La encendí y al momento las bombillas iluminaron débiles y pobrememente los peldaños que bajaban. Temía ser sorprendido, pero la curiosidad me pudo. En el fondo descubrí algo que me pareció primero el taller de un herrero y que después identifiqué con el atañor de un alquimista. Encontré un pequeño horno en una de las esquinas que todavía conservaba el fulgor de su uso reciente. Sobre un banco había trozos de materias que me fue imposible reconocer. Algunos eran muy brillantes y otros opacos. Había también matraces con un líquido plateado que me pareció mercurio.

Cuando oí el sonido de la puerta de la casa cerrándose era ya demasiado tarde. Debí esconderme y esperar mi oportunidad para escapar, pero en lugar de eso subí corriendo las escaleras presa del miedo. Me quedé paralizado cuando di de frente con los eternos Isaac de Har Napus y Benjamín de Tudela. Ellos, por el contrario, supieron reaccionar adecuadamente y se abalanzaron sobre mí sin demorarse un segundo. Fui maniatado y aferrado a una pata del banco que acabo de mencionar.

* * *

No recordaré todo lo que aquella noche departimos. Baste decir que fue con Benjamín con el único que intercambiaba palabras, Isaac de Har Napus permanecía en un ominoso silencio, fumando una pipa inmemorial en la penumbra de un rincón, sentado sobre el frío suelo con las piernas cruzadas. Había mudado sus ropas por el negro luto de quienes no olvidan la destrucción de Jerusalén. Sólo percibía de él el vestido oscuro y el humo que ascendía en finos hilos hasta formar un neblinoso ovillo sobre su cabeza. Era aquel hombre un rostro sin semblante. Sabía, a pesar de todo, que escuchaba atento nuestra conversación. Yo estaba tan intrigado que apenas me daba cuenta de lo precario de mi estado. Pregunté por sus nombres y por su procedencia. Benjamín parecía no acordarse ya, así que le referí el nombre de "Tudela"; entonces reaccionó con una sonrisa. Admitió

haber sido español y haber servido en secreto a un rey llamado Sancho, fundador de monasterios. Recordaba todo esto con una lágrima recorriéndole tentativa el borde de su párpado inferior; parecía haber desempolvado una vieja reliquia guardada como el tesoro de un niño. Se acordaba también de cómo había venido a parar allí, empujado por un espíritu juvenil y por el deseo de aprender las artes secretas inaccesibles en su tierra. Al preguntarle por el libro, aceptó que era en su mayor parte fabulación, una fantasía pensada para dar justificación a su ausencia y al abandono de sus responsabilidades. Me dijo también que fue el propio Isaac el que había enviado el manuscrito a España para que lo preparasen y lo copiasen. Hablaba todo esto sin percatarse de mi situación de preso y con una total confianza. Después, cuando le pregunté por cuál sería mi destino, me confesó que no podrían soltarme. El otro hombre no dijo nada, pero sabía que asentía por dentro. Pensé que me darían muerte allí mismo, arrodillado en un sótano de mil años, habiéndole visto la cara a la inmortalidad. Sin embargo parecían las personas de todas cuantas había conocido menos dispuestas a matar a nadie. Nunca antes había visto hombres tan apáticos, tan indiferentes. A veces pienso que su larga vida había gastado toda su sorpresa, que su realidad había perdido por completo el brillo y que ya todas las cosas eran para ellos las mismas, apagadas, marchitas por el tiempo y fundidas en una homogeneidad desalentadora. Más que vivos, se diría que estaban abandonados a la vida. Se movían vulnerables a un soplo de aire en su contra, a cualquier cosa que los arrastrase, pues ellos parecían desprovistos del más mínimo ímpetu por conservarse. Me queda aún por saber quiénes son en realidad mis carceleros. Me pareció probable, por la conversación que mantuvimos, que Benjamín haya nacido efectivamente en el siglo XII. Respeto de Isaac de Har Napus, me inclino a pensar que es mucho más viejo. Parece arrastrar miles de años en su fatigado caminar. Quizá, y esto lo siento más fuerte que una simple conjetura, date de una época que le es desconocida incluso a la ciencia de la Historia, quizá hubo de esperar milenios hasta que su religión naciese para poder abrazarla.

Por lo que a mí respecta, fui empujado por una rampa de piedra lisa. Fue Benjamín el que lo hizo, con desgana y sin la menor violencia; no se detuvo siquiera a cortar las ligaduras de mis muñecas. Me golpeé en la caída pero llegué vivo al fondo. En ese instante me di por muerto y puse toda mi industria en encontrar el mejor modo de suicidarme a fin de burlar una dolorosa muerte de sed. Pero en cuanto me hube liberado, cosa que me resultó sencilla, descubrí que la estancia no contaba con ningún punto al que prender una soga improvisada. Tampoco los trozos, que ahora supongo huesos, me servían de nada puesto que eran frágiles y romos.

Al día siguiente un ruido tintineante bajó por la misma rampa por la que me habían tirado. Se trataba de uno de los frascos que guardaban en los estantes de la casa. No podía ver el escarlata, pero lo reconocí por su pequeño tamaño. Al parecer era lo suficientemente duro cómo para no romperse en el descenso. Medité mucho qué hacer con él. Sabía que si no lo tomaba pronto estaría muerto, pues mis anfitriones no parecían dispuestos a ofrecerme ningún otro alimento. Si lo bebía sólo prologaría un presidio que podría ser mucho peor que la misma muerte (la esperanza de que fuese un veneno, la había abandonado). En ambos casos, la salida era dolorosa. Pensé que en un tiempo muy grande la probabilidad de que me dejasen salir era también grande, de manera que bebí aquél brebaje. Sabía de un modo muy desagradable, como quien muerde una barra de hierro, y después de tomarlo noté una gran tranquilidad por dentro. En adelante no tuve más hambre ni sed, ni ninguna otra urgencia biológica.

Desde que ocurrió esto perdí por completo la noción del tiempo; este ha cedido ya su antigua importancia. Hace unos días junté todos los frascos vacíos que estaban esparcidos por la habitación. Me costó gran trabajo debido a la absoluta penumbra. Calculo —calculaba, cuando calcular periodicidades tenía sentido— que me lanzan uno cada semana, pues debe ser ese el tiempo que el líquido es capaz de frenar el envejecimiento. Había dos mil ciento diecinueve. Los reuní todos en un rincón y no me atreví a hacer la división entre cincuenta y dos. En realidad, ya no me importa saberlo, pues el tiempo parece haberse detenido. No envejezco y mi cuerpo mantiene su agilidad a pesar de que apenas puedo moverme en este cuarto tan oscuro. A veces creo poder remontar la rampa, aunque tras unas cuantas caídas siempre desisto. Otras veces pienso en suicidarme con el cristal de los frascos. Intenté romperlos contra la pared, pero son de un material que no se fragmenta. Desearía desprender al menos una astilla, pero me resulta imposible. También pensé en dejar de beber su contenido aunque, después de todo, sigo sin atreverme a una muerte tan horrible; lo que yo quisiera es algo rápido que me matase sin percatarme. Por otra parte, sigo aferrado a la idea de que si el tiempo de encierro es muy largo, la posibilidad de salir libre tiende asintóticamente al cien por cien. De algún modo, ya estoy libre. Visto desde un punto de vista general, la vida de un inmortal no debe dividirse en lo que ha ocurrido, ocurre y ocurrirá, pues la subdivisión se vuelve absurda al efectuarse sobre un infinito. De manera que para mí, y espero que esto no sea fruto de una incipiente locura, el tiempo todo ha venido convergiendo en un instante. Si seré libre, soy libre, pues sólo es cuestión de tiempo y el tiempo, lo que sea que alguna vez significase tan abstruso concepto, se ha esfumado con la ingesta de esta pócima maldita.